

La represión franquista contra las mujeres: miedo, violencia y silencio

«Y se abalanzó sobre ella y, a pesar de los esfuerzos que esta hacía para oponerse, logró efectuar el acto del coito sin que la declarante pudiera impedirlo».

L. V. I., de 46 años y vecina de Villarroya de los Pinares, tuvo que recordar ante el secretario judicial la denigrante y traumática violación a la que fue sometida por Abdellkader Ben Salam, soldado de 27 años del Tercer Tabor de la Mehal-la del Rif número 5. Pertenecía a los llamados Moros de Franco. Fue su marido, V. C. T., de 51 años, quien acudió a la Guardia Civil a denunciar el abuso sexual.

Era mayo de 1938 y la zona de Teruel y el norte de Castellón estaba plagada de soldados sublevados. El 15 de abril de 1938 —curiosamente, Viernes Santo—, los rebeldes llegaron al Mediterráneo y dividieron el territorio republicano en dos: Catalunya quedó aislada de Valencia, mientras las tropas sublevadas ocupaban el norte de la provincia de Castellón, desde Vinaròs y Benicarló, así como parte de Tarragona. La guerra se decantaba hacia el fascismo.

La guerra de 1936 a 1939 fue una guerra total y de ocupación que afectó a toda la población y movilizó recursos. Ningún habitante pudo quedar al margen de sus violentas salpicaduras. La cotidianeidad semilitarizó y lo castrense fue la regla represiva del Nuevo Estado franquista. El ejército, el pilar sobre el que alzar la Nueva España.

Soldados, legionarios, regulares, mutilados, desfiles, aire marcial... Las gentes se asustaron al ver las chilabas, los turbantes, los capotes, los tatuajes y los fusiles entrando en sus pueblos. Lo exótico se mezclaba con lo salvaje, la violencia y lo inquietante. Mientras, la derecha local se vanagloriaba junto a los mandos militares, y algunos lugareños sentían miedo.

Francisco Centelles se asomó a la ventana de su casa el 15 de abril de 1938, cuando las tropas ocuparon Sant Jordi. Un soldado lo obligó a abrir la puerta y a salir con toda la familia. Después cogió en brazos a Teresa, su hija de cuatro años.

Francisco lo siguió de lejos, temiendo por la pequeña, que iba cogida de las trinxes del regular. Cruzaron el pueblo y, a la salida, el soldado la dejó en el suelo y le dio una galleta. Teresa se abalanzó sobre su padre y ambos se fundieron en un abrazo entre sollozos.

Poor suerte corrieron otras niñas y mujeres, como L. V. I. La pareja vivía en la caseta de peones camineros de la carretera de Teruel a Cantavieja, una zona infestada de soldados. En su casa se presentó «un moro» sobre las 20.00 horas pidiendo comida y reposo, «a lo que por temor aceptó». Le dieron comida y alojamiento. A la mañana siguiente, el mari-



MEMORIA HISTÓRICA

NARCÍS TENA SALES



Rafael Melià y Vicenta Rosa Ferreres, la Ferrera, poco después de casarse en 1912.

Fotografía del archivo del autor facilitada por sus descendientes.

do y las hijas se fueron a trabajar y la mujer quedó sola. El soldado «se abalanzó sobre ella diciéndole que, si no lo quería, la mataba». Después, ella, llorando, acudió a casa de los vecinos «porque tenía miedo de continuar sola en la casilla». Aunque fue procesado por violación, el militar resultó absuelto. Impune. Este es tan solo un ejemplo más entre otros casos repugnantes, como los asesinatos en Portell de Morella de una madre y una hija tras ser violadas, otra violación en Morella o en la propia capital castellonense.

La dictadura franquista se asentó sobre la represión y la impunidad de sus criminales. El control ejercido sobre las vidas y los cuerpos de las mujeres supuso un profundo re-

troceso en sus derechos. Se posicionó y se poseyó. A casi 2.000 mujeres se les imputaron presuntas acciones contra el nuevo régimen. La represión jurídica-militar alcanzó a 1.075 mujeres en la provincia de Castellón.

En pseudojuicios sumarios, auténticas farasas y esperpentos jurídicos, fueron acusadas de delitos delirantes como refirse de los muertos, encabezar manifestaciones, insultar o faltar al orden. Con un machismo supremo y la moralidad como vara de medir, su comportamiento, su actitud, sus relaciones o sus amistades se convirtieron en motivos de punición y castigo. Lo privado pasó a ser político.

Ellas habían traspasado sus límites: la puerta y la ventana de su casa. Eran las rojas, las vencidas, las infames. La dictadura elaboró un discurso en el que las mujeres eran monstruosas, histéricas, sádicas, antinaturales y sin atributos maternos. Las pseudoinvestigaciones de Vallejo-Nájera contribuyeron a legitimar aquel discurso y una dictadura que ejerció la violencia contra la feminidad.

En las entradas de los pueblos, cuando llegaba el autocar o los primeros carros, grupos de vencedores empezaban a apedrearlas, a escupirlas y a maltratarlas. Tirones de pelo, puntapiés en sus partes, pellizcos, apaleamientos... y el rapado.

Muchas mujeres fueron rapadas y paseadas cuando llegaron a sus municipios: la Vilavella, Benlloc, Cincortres, Forcall, Borriol, Borriana, la Jana, Traiguera, etc. Incluso en Albocàsser, la Guardia Civil arrojó por las escaleras de su casa a la mujer de un preso —que sería fusilado en 1942 en Castellón—, provocándole un parto prematuro, con la criatura llena de pus. La represión y la venganza comenzaban sin compasión.

En la provincia de Castellón fueron fusiladas tres mujeres: Vicenta-Rosa Ferreres Soriano, la Ferrera, de Benicarló, en el Baix Maestrat, el 4 de junio de 1938, con 46 años, que se convirtió en la primera mujer fusilada por sentencia militar de la provincia y del País Valencià; Elisa Ullí Marí, la Ratà, de Burriana, en la Plana Baixa, el 25 de agosto de 1939, con 26 años, y Dolores Nebot Morte, la Coles, de l'Alcora, en l'Alcalatén, el 15 de abril de 1940, con 33 años. No descartamos que hubiera

más muertas. Sus fusilamientos las han convertido en símbolos de una memoria que todavía las recuerda y homenajea.

Lamentablemente, sus restos no han podido ser identificados ni localizados de manera individual. Los de Elisa Ullí y Dolores Nebot reposan en el osario católico del Cementerio de Castelló. No se sabe exactamente dónde se encuentran los de Vicenta-Rosa. Incluso se llegó a afirmar que fue fusilada y lanzada al barranco situado junto al cementerio. Si sabemos que sus hijos estuvieron presentes cuando la fusilaron, cuando la mataron, cuando manó la sangre. La mayor tenía 19 años y la menor, 10.

Los niños quedaron desamparados porque el padre y los hermanos mayores huyeron y la madre fue asesinada. El último recuerdo: el asesinato. Traumas. La familia piensa que sus restos se encuentran dentro del cementerio de Benicarló, pero no sabe dónde. Quizá nunca logremos localizar sus restos, pero devolvemos y perpetuamos su memoria. Si hoy se la recuerda, se la recordará siempre.

El año 1936 todavía mira con prepotencia a 2026. Noventa años después del derrumbe de una de las experiencias democráticas más avanzadas de Europa, hay quienes celebran aquella fecha. Nosotros, en cambio, recordamos el golpe de Estado que condenó al país a una larga noche de represión, miedo y silencio. Como señala el filósofo Reyes Mate, «el deber de la memoria es tomar el acontecimiento impensable como aquello que da que pensar». Debemos volver sobre aquellos hechos para comprender cómo fue posible alcanzar semejante grado de deshumanización. El antídoto es la memoria: el deber de recordar frente al peligro de que aquella deshumanización vuelva a abrirse paso en pleno siglo XXI.

Quiero recordar un testimonio que me impactó emocionalmente cuando entrevisté a Severino López Vidal. Su padre, Tomás, de Sant Jordi, fue fusilado en Castelló y su madre, Josefa, sufrió un largo periplo carcelario. Él, con más de 80 años, mientras hablábamos cómodamente en el comedor de su casa, me dijo al terminar nuestra conversación: «Narcís, en 80 anys eres l'única persona que m'ha preguntat pel meu pare». Silencio. Este es el reflejo de cómo la dictadura ejerció aquel poder sobre la muerte y el recuerdo. Del memoricidio y del poder de la necropolítica.

Otro caso que ejemplifica la presencia del miedo, aún 90 años después, es el testimonio de una mujer de las zonas rurales y aisladas de las montañas de Castelló. En la psicología de sus paisanos todavía permanece aquella sensación de inseguridad que vivían. Son herederos de una angustia que ella me transmitió así: «Les dones tenien temor, algo voltant per fora de casa... Això és un sinivivir. Els hòmens anaven a per tot, vale?» ■

Narcís Tena Sales, investigador doctorando en la Universitat de València-Institut Universitari d'Estudis de les Dones